

Prólogo de Lorenzo Meyer,
o sea yo.



En la prensa mexicana de nuestros días, es difícil encontrar un conjunto de editoriales políticas que superen en profundidad y precisión a algunos de los diagnósticos críticos que presentan cotidianamente un puñado de *moneros* en *La Jornada*, en otros dos o tres diarios más y en el semanario *Proceso*. Los autores de este libro se encuentran entre los miembros de tan selecto grupo. El Fisgón, Helguera y sus colegas, han logrado en los últimos tiempos hacer, con una envidiable economía de trazos y texto, comentarios extraordinariamente agudos, ingeniosos, efectivos y certeros, sobre prácticamente cualquiera de los muchos y

complicados problemas de la realidad política mexicana e internacional. Estos editoriales dibujados, pues no son otra cosa las caricaturas políticas de los *moneros*, van directo al grano, y de una sola mirada el lector capta y asimila, sin esfuerzo, su mensaje. Si en política la efectividad es valor supremo, entonces podemos afirmar que El Fisgón y Helguera son excelentes políticos.

En su trabajo diario, los autores de este libro concentran en un solo cartón su comentario sobre algún hecho relevante o significativo de la política del momento. Sin embargo, en esta ocasión nos presentan una variante que representa un esfuerzo mayor: un libro. El tema lo amerita. Se trata de un juicio, no sobre un hecho singular, sino sobre todo un proceso político muy complicado: el sexenio salinista; de ahí la necesidad de mayor espacio del que provee un octavo de página en un diario. Los autores de este peculiar análisis del periodo presidencial de Carlos Salinas de Gortari que está por concluir, no pretenden, desde luego, que su juicio sea tomado por imparcial —todo buen *monero* tiene que tomar partido, y de manera abierta—, pero sí realista. La forma en que se presentan aquí los momentos, políticas y acciones definitorias del sexenio —y el juicio sobre los mismos—, es a través de un vivo diálogo entre un par de personajes contrapuestos, uno popular y otro de las minorías: la Beba Toloache —adivina o bruja que habita en un barrio pobre y bronco, que es “especialista en ciencias ocultas y políticas” y vocera autodesignada de los ofendidos por el poder político— y el “Diputado Sí”: el joven y bien vestido Próspero Herario Hurtado de Hidalgo —arquetipo de los miembros que conforman la élite político-tecnocrática que hoy controla los hilos del poder. A lo largo de este diálogo, los autores insertan algunas de sus magníficas caricaturas ya aparecidas en *La Jornada* y añaden muchas nuevas.

La forma didáctica y crítica en que El Fisgón y Helguera recorren el sexenio salinista, tiene antecedentes en el pasado inmediato. De entre todos ellos, sobresale la obra de Eduardo del Río (Rius); su extraordinaria bibliografía sobre temas políticos, históricos, filosóficos y hasta médicos —toda seriamente divertida—, que ha dejado huella en el público mexicano y extranjero, ya que por su calidad algunas obras fueron traducidas y distribuidas en uno de los grandes centros de la caricatura política actual: Estados Unidos.

La caricatura se define como el dibujo distorsionado, exagerado, de una persona, tipo o situación, hecho con intención de burla o sátira.

En este último caso —el de la sátira— el objetivo del autor es censurar la insensatez o la deshonestidad de un personaje o una situación. Justamente el exagerar —para resaltar— los múltiples aspectos grotescos, corruptos o francamente perversos de nuestra vida política, es la técnica básica de los caricaturistas políticos críticos, y, por tanto, es la de nuestros dos autores.

La caricatura es un arte viejo. Ya Aristóteles, por ejemplo, hacía referencia al “infame Poson”, primer caricaturista del que se tiene referencia concreta en Occidente. La caricatura misma, o algo que se puede interpretar como tal, es mucho más antigua: idata de la prehistoria! La caricatura política moderna se desarrolla plenamente en Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es parte del advenimiento de la democracia y del avance en la libertad de prensa y expresión. Al inicio del siglo XIX, Thomas Rowlandson, en Inglaterra, se daba ya gusto ridiculizando en sus dibujos a personajes de la nobleza, a actores y a escritores; en Francia, la publicación de *La Caricature* fue entonces un éxito, como después lo fue *Puck* en Estados Unidos. De entonces acá, la sátira política se ha convertido en toda una industria en los países desarrollados.

En nuestro país, la censura colonial no fue el ambiente más propicio para el desarrollo de la caricatura política, aunque pese a todo la hubo, anónima y grabada en naipes, por ejemplo. El cambio político que significó la independencia y el inicio de una relativa libertad de expresión, cambió el panorama y rápidamente. Ya en la época de don Antonio López de Santa Anna, “Su Alteza Serenísima”, la caricatura hacía estragos en la legitimidad de los gobernantes. La prensa que se desarrolló en México al inicio de la segunda mitad del siglo XIX, fue más una prensa de opinión que de información. Esta prensa de combate entre ideologías, partidos, grupos y personalidades, resultó ser un medio particularmente propicio para el desarrollo de la caricatura política; buen dibujo —técnicamente hablando— combinado con sentido de la oportunidad, pegaba a donde más dolía al adversario y echaba por tierra la solemnidad de los personajes y sus pronunciamientos. Ejemplos de lo anterior son las caricaturas aparecidas en publicaciones como *Don Simplicio*, *La Orquesta* y, desde luego, *El Ahuizote* y toda su descendencia de hijos y nietos. La dictadura porfirista significó un cambio en la atmósfera en que se desarrolló el periodismo mexicano. Porfirio Díaz fue particularmente duro con la prensa crítica —multas y cárcel eran el pan cotidiano de los periodistas y dibujantes críticos—, lo cual

no impidió completamente que ésta se mantuviera, y la caricatura persistió como un elemento sustantivo de su arsenal contra el presidente “necesario”, los “científicos” y el régimen en general. La figura de José Guadalupe Posada es la más recordada pero no la única que combatió con el dibujo, y en un ambiente difícil, la dureza de un poder oligárquico y abusivo.

En el siglo XX, y tras la caída de Díaz, el proceso continuó. En la revolución, los bandos en lucha echaron mano de los caricaturistas y los reclutaron lo mismo los revolucionarios que sus enemigos. Sin embargo, es un hecho que los mejores caricaturistas de la época estuvieron en las filas contrarrevolucionarias —la dureza con que trataron a Madero y su gobierno, sorprende incluso hoy día— y posteriormente militaron en las corrientes más conservadoras de la revolución. La consolidación del régimen posrevolucionario y del partido de Estado, no propició el surgimiento de un medio adecuado para la difusión del ingenio crítico, aunque no por ello dejó de haber algunos buenos caricaturistas con filo político, y como botón de muestra está Abel Quezada.

La caricatura política inteligente, aguda, genuinamente crítica, volvió por sus fueros a partir de 1968, cuando el autoritarismo presidencialista posrevolucionario llegó a su punto culminante y entró en una crisis que, sin ser terminal, abrió una enorme y permanente grieta en la base de su legitimidad. Rius es, por derecho propio, el portaestandarte de este renacimiento. Con el correr del tiempo, las filas de los jóvenes caricaturistas críticos se han ensanchado, aunque siguen siendo una minoría entre el gremio. Es dentro de esta minoría que, por decisión y méritos propios —la de los verdaderos *moneros*—, se sitúan los autores de este libro: Helguera y El Fisgón.

La caricatura, al igual que el resto de la crítica política, tiene como punto de partida la distancia que siempre y en cualquier caso, separa a la realidad del ideal, al ser del deber ser, pero que en México es particularmente grande, casi un golfo. En efecto, si uno se atiene a los documentos básicos —el marco constitucional—, el proceso político mexicano se desarrolla en un marco democrático, republicano y federal. El discurso oficial insiste en que hay una armonía básica entre la forma y el contenido de las instituciones. Sin embargo, cualquier análisis medianamente objetivo de la realidad política mexicana, lleva inevitablemente a concluir que sistemáticamente esa realidad contradice

a la teoría, es decir, a la legalidad. Para los estudiosos del fenómeno, el mexicano es un sistema político autoritario, cuyo corazón es una institución presidencial todopoderosa que subordina y anula la autonomía de los poderes legislativo y judicial, así como la soberanía de los estados y la libertad municipal; al sistema de partidos lo domina un partido de Estado de naturaleza corporativa, que, por las buenas y las malas, ha monopolizado el poder desde 1929 y que se encuentra férreamente subordinado a la voluntad presidencial. Bueno, pues esta definición, de manera mucho más directa y simple pero no por ello menos eficaz, es la que El Fisgón y Helguera toman como punto de partida y la presentan, sin palabras, de manera magistral, en la caricatura que abre esta obra: esa que muestra al presidente Salinas contemplándose en un gran espejo y recibiendo no su propia imagen, sino la de don Porfirio en su etapa de gloria y madurez. Pero ese cartón es más que una definición, contiene también una tesis: la de la continuidad, que no ruptura, entre la institución presidencial del antiguo régimen y la actual, tesis que un estudio histórico detallado puede avalar.

La contradicción, evidente, entre lo que es y lo que debería ser, es una constante en la historia política mexicana. Y esa contradicción es el mejor campo de cultivo de la buena caricatura política, de esa que sirve como bisturí para cortar la epidermis de simulación y demagogia para luego exponer, con un toque de buen humor, desde luego, el mal — los males, pues son muchos — que hoy padece el cuerpo político mexicano, formalmente democrático y realmente autoritario. La denuncia o diagnóstico del mal no significa necesariamente el remedio, pero sí es el paso previo, indispensable para intentarlo. Y es en la denuncia donde se encuentra la esencia del servicio que hace el buen caricaturista a la sociedad en (y de) la que vive.

La caricatura política requiere, para ser efectiva, no sólo que el autor domine la técnica del dibujo — en realidad, la técnica es secundaria — sino, sobre todo, una no muy común combinación de técnica, sensibilidad y conocimiento. La disposición a enfrentar al poderoso en nombre de valores, la indignación moral, es un elemento necesario pero no suficiente para ser un buen *monero*. Se necesita, además, que el artista domine la información cotidiana y los elementos centrales del análisis político — no necesariamente como un especialista, pero sí, al menos, como un buen amateur —, elementos de economía, muchas lecturas históricas y contacto constante con la realidad de su público.

Señalé que para ser un caricaturista efectivo no basta el valor y la indignación moral frente a la injusticia, la corrupción y el engaño. Sin embargo, es claro que sin ese sentido de indignación frente a la demagogia, de solidaridad con las víctimas de un poder sin trabas legales efectivas, el caricaturista político se convierte en lo que es, hoy por hoy, el grueso de los que practican ese género en México: meros humoristas, en el mejor de los casos, y en el peor, servidores desvergonzados de los poderosos.

La tarea central del caricaturista político realmente comprometido con la modernización y avance de la sociedad mexicana, consiste en deslegitimar el autoritarismo disfrazado de democracia; poner arte, ingenio, conocimiento y sensibilidad al servicio de la exigencia moral y práctica, de la democratización formal y real de México. Y eso es justamente lo que aquí hacen, y muy bien, El Fisgón y Helguera mediante una crítica unilateral y sin concesiones, pero no falsa, del presidencialismo sin límites que aún predomina entre nosotros.